Era la primera vez desde su divorcio que el funcionario se decidía por la última sesión de cine. Antes sí, volvía la pareja de madrugada ya, diseccionando la película y casi siempre en bronco desacuerdo, imposible tener gustos menos afines, pero la discusión camuflaba el cansancio del regreso. Después de la separación a él le vencía la pereza y sólo tras un año de agria soledad, y porque la única proyección de *Comancheros* en versión original se programaba a las once, desafió la somnolencia y compartió con otros tres ciudadanos desvelados el acto casi esotérico de ser espectador cinematográfico. El funcionario vivía en el centro, se había quedado en el domicilio conyugal frente a la náusea que aquellas paredes generaban en su consorte, ni una mota de polvo me llevaría, había dicho ella, ojalá pudiera derrumbar este piso de mi memoria con todo lo que ha pasado en él, si no ha pasado nada, defendió el funcionario, pues eso mismo, concluyó la mujer, y se fue. El funcionario no había disfrutado mucho con el wéstern moderno, se le cerraban los ojos y le encendía no comprender una palabra de los diálogos de Jeff Bridges, un actor que parecía retener sorbos de sopa en la boca. Ahora caminaba deprisa, sorprendido por las calles desiertas, él creía recordar de su breve etapa nocherniega que las gentes de su ciudad postergaban la retirada como si la vuelta a casa constituyera una especie de fracaso, en fin, las costumbres habían cambiado y tal vez ya sólo se trasnochaba

los fines de semana. Lo adelantó algún coche aislado y desde la esquina de la avenida percibió a lo lejos un mínimo barullo a las puertas de la discoteca Azul; no hubo más señales de vida hasta que, ya en su propia calle, vio de frente a un joven, no tendría treinta años, que avanzaba a buen ritmo en dirección contraria a la suya; era alto, con cierto aire extranjero y una bolsa deportiva colgada del hombro. Al cruzarse con él, el tipo le sonrió; el funcionario no le devolvió la extraña cortesía, siguió adelante y unos pasos más allá se volvió: el joven también había tornado la cabeza y sin detenerse le sonreía aún. Qué raro, pensó el funcionario acelerando la marcha hacia su portal.

Mientras subía las escaleras, se tomaba la tilita de costumbre y se desnudaba, le daba mil vueltas a la sonrisa del desconocido. Que tal vez no lo fuera tanto, por su negociado pasaban docenas de contribuyentes y aunque no era buen fisonomista tampoco le fallaba la memoria hasta el punto de que no le sonara en absoluto el rostro de alguien que lo había mirado directamente a los ojos. Lo cierto era que la sonrisa lo había desasosegado, lo que no dejaba de irritarle por el sinsentido, vaya, deseamos buenos días o buenas noches a personas que no volvemos a ver con las que coincidimos unos segundos en el ascensor, algo similar la sonrisa del chico, no había nadie más en la calle y sonreírle había equivalido a un signo de efímera complicidad, sólo nosotros en este punto, señor, qué serie de azares distintos nos ha desembocado en un encuentro instantáneo cuyo significado se nos escapa. ¿Era esa clase de sonrisa, la cordial que nacía de la extrañeza de toparse con otra alma solitaria en medio de la noche? Pero se había vuelto a mirarlo, ¿esperaba que él asimismo tornara la cabeza, como lo hizo, y eso no implicaba la esperanza de que el funcionario hubiera recordado que en realidad se conocían y se detendría para interesarse,

cómo te va, y la familia? O sea, ¿no se trataba de la mera bonhomía de quien se ha despedido de la novia después del amor y experimenta una general benevolencia hacia la humanidad y en especial hacia los que se cruzaban con él en silencio y con expresión taciturna, vivir es una experiencia magnífica, hombre, la noche es hermosa, no pongas esa cara? Claro, tenía que haberse detenido, dar unos pasos atrás y con simpatía confesar nos conocemos pero no caigo. No, no, ridículo. O a lo mejor. No, todavía más ridículo, el funcionario se sabía, si no feo, vulgar, un rostro indiferente entre la multitud, jamás una mujer se había vuelto atraída por su cara, por qué lo iba a hacer un hombre. Ya en la cama y en la confusión de la duermevela, se le ocurrió otra posibilidad, que el sonriente lo conocía por fotografía y persona interpuesta, imaginó que los últimos meses que pasaron juntos su ex tenía un amante más joven que ella y el amante había subido a su apartamento y contemplado las fotos del recibidor, ¿es éste tu marido?, no me sorprende que lo engañes, y entonces la sonrisa participaba de la burla y el desprecio. No, no era eso, simplemente el funcionario le había recordado a alguien, a un borroso tío segundo que de niño le regaló un tren de juguete, a un administrativo de la Diputación que una vez lo atendió sin levantar la mirada, eso era, seguro. Aunque la sonrisa… Se durmió inquieto repitiéndose total qué más da, no lo volveré a ver. Y nunca más lo vio.

Pasaron unas semanas de estricta e inviolable rutina sin acordarse del muchacho que le había sonreído un jueves por la noche en la calle Acacias. A la colega de recursos humanos, una chinche confianzuda que a lo mejor le echaba los tejos, le dio por chancearse de la monotonía de las corbatas del funcionario, ¿nunca colores vivos?, cualquiera diría que arrastras un luto pueblerino de los antiguos, y el funcionario, a quien esos comentarios le influían tanto como le eno-

jaban, se levantó un sábado con la saludable intención de renovar su armario y se dirigió al gran supermercado de la ciudad. No le apetecía encontrarse con nadie y menos con personal de su trabajo, con lo que escogió la hora de la comida, cuando menos clientes frecuentan esos establecimientos. Con todo, tuvo que sortear compradores obtusos que deambulaban entre perfumería y bolsos, papelería y blusas rebajadas, cómo le molestaban las aglomeraciones, parecía que la chusma se ponía de acuerdo para ir a los mismos sitios a las mismas horas, enfiló hacia las escaleras mecánicas, la sección de caballeros, segunda planta. Y entonces ocurrió. Miraba distraído a los parroquianos que descendían en las escaleras paralelas a las suyas de ascenso, hombres y mujeres sin otros atributos que el ser consumidores como él mismo, todos de mediana edad como él mismo y todos con aire de tedio gris como él mismo. Una mujer de unos cincuenta años y cardado igual al de otras señoras que la precedían o la seguían y estilo indumentario indistinguible de las demás, lo miró fijamente y le sonrió. El funcionario no reconoció a la mujer pero reconoció la sonrisa. Trastabilló al llegar a planta caballeros, se había vuelto para observar a la sonriente y descubrió, sin sorpresa, que ella tornaba la cabeza y le sonreía de nuevo desde abajo. Era tan parecida a tantas otras señoras de su edad que no podía estar seguro de haberla tratado en algún momento de su plana cotidianidad, una antigua vecina, una dependienta de zapatería, alguien que durante una temporada se trasladaba en la misma ruta de autobús que él. Pero la sonrisa… Debería renunciar a las corbatas y bajar rápidamente para abordarla y preguntarle de qué instante olvidado procedía esa cierta confianza. Absurdo, pensaría que se le dirigía un loco, seguramente un montón de seres humanos sonreía a otro montón de seres humanos por capricho o una incomprensible simpatía o vete

a saber y él se obsesionaba con un gesto facial que no era sino un reflejo, un tic amable. Y sin embargo, sus tripas, ya que no su razón, le aseguraban algo muy distinto. Había retomado todos los argumentos que barajó con la primera sonrisa, obviamente no se trataba de una reacción a su *sex-appeal* ni en este caso establecía una complicidad de solitarios, pues el centro comercial rebosaba de público. Había otra explicación: el doble, o por no pecar de literario o fantasioso, un habitante de la ciudad que se le parecía tanto que lo confundían con él, y si era así por qué no un holaquétal, cuánto tiempo, sólo la sonrisa hermética, indescifrable. Al final no compró corbatas y volvió a casa de pésimo humor tras comer deprisa y sin apetito un par de tapas frías en el bar de la esquina.

Aunque nadie lo creería, el funcionario había sido joven hacía unos cuantos años, había disfrutado de amor y amistad que el tiempo erosionó, le habían excitado proyectos de viajes fabulosos que se originaban en lecturas de la niñez y que nunca realizó y dejaron de interesarle no sabía en qué momento, había querido retorcer el cuello al monstruo de la costumbre cuando en realidad ya lo atrapaban sus fauces. El funcionario ignoraba cómo se había deslizado su vida hacia una indiferencia estoica, evitaba el dolor y era reacio a la alegría que consideraba una emoción peligrosa. Dos veces al año visitaba a sus padres, a los que (y su hermana estaba de acuerdo) en octubre internarían en una residencia. El funcionario recordaba con extrañeza que en la universidad discutía apasionadamente de política y se peleó con un compañero porque despreciaba el cine de John Ford. En fin, el funcionario tendía a no recordar el pasado al que aplicaba de verdad la famosa frase de que es un país extranjero, nostalgia no sentía salvo, durante algún atardecer de melancolía traicionera, de los cuerpos de mujer que gozó alguien que

fue él y ya no, y de otros cuerpos que no tuvo la fortuna de desnudar cuando más los deseaba. Su existencia se cuadriculaba según esquemas que no permitían paréntesis muertos, sería tan injusto afirmar que se aburría como lo contrario, todo estaba perfectamente encajado en un horario que se ajustaba como una faja a sus necesidades o sus temores. En el atontamiento de la siesta le preocupaba la jubilación que pensaba retrasar lo máximo que concedía la ley porque esa sensación de hueco permanente, que otros llamaban libertad, lo aterraba. También desconfiaba de los sueños, tan angustiosos y veraces algunas madrugadas, por eso había experimentado con diversos somníferos que embrutecieran sus noches, y ahora se limitaba a una tilita que no resultaba efectiva pero eludía los efectos secundarios de ciertos narcóticos, sobre todo la torpeza de movimientos y desorientación al despertarse. Las sonrisas gratuitas del joven en la calle Acacias y de la señora en el centro comercial lo perturbaban y no comprendía el motivo, era como si hubieran introducido una cuña de irracional inquietud en una existencia perfectamente organizada para que nada se saliera de su cauce, incluido el flirteo tontorrón de la compañera impertinente. Procuró no darle más vueltas y lo consiguió por un tiempo hasta que, como la primavera era suave, al mediodía volvió a casa paseando desde la oficina. A la misma hora salían como una exhalación los escolares de sus clases, si hubieran tenido un hijo –y fue su ex la que no quiso– sería hoy como los chicos de la ESO que en ese momento arrojaba al mundo con gran algarabía el instituto San Leandro. Tal vez todo hubiera sido distinto con un niño en casa, pensó el funcionario. A la altura del parque de los Marqueses otro grupo de colegiales más pequeños se entretenían cambiando cromos o eso le pareció; de la reunión se desprendió un chaval de unos once o doce años que arrastraba un enorme mochilón con ruedas

y se detuvo frente al semáforo, miró a un lado y otro y vio al funcionario que avanzaba con andar parsimonioso, lo miró intensamente y le sonrió con la sonrisa no ya por conocida menos enigmática. La luz verde lo invitó a cruzar la avenida y a mitad de recorrido se volvió y sonrió de nuevo. El funcionario se paralizó al principio, como fulminado, y enseguida se animó (al fin y al cabo era sólo un niño) a seguir al sonriente y encararlo. Lo alcanzó en la otra acera, se había apresurado y jadeaba un poco, oye, chico, perdona, el muchacho se detuvo con una expresión de susto, ¿pasa algo?, preguntó, no, mira, creo que nos conocemos, ¿verdad?, soy amigo de tus padres o de los padres de un amigo tuyo y nos vimos, dónde nos vimos, mira, no me acuerdo, el chico debía de haber recibido serias advertencias sobre el peligro de hablar con desconocidos y miró alrededor como buscando ayuda, pues no, señor, yo no lo recuerdo, déjeme ir a casa, pero espera, hombre, si no te acuerdas por qué me has sonreído, yo no le he sonreído, señor, qué me dice, me has sonreído, alzaba la voz el funcionario, cuando estabas ahí al lado del semáforo y me has vuelto a sonreír mientras cruzabas la avenida, el funcionario sudaba asquerosamente y se dio cuenta de que su aspecto era el de un vicioso, sólo le faltaba silbar un fragmento del *Peer Gynt* como Peter Lorre, oiga, yo no le he sonreído, el niño se manifestaba a gritos, ¿por qué se inventa esas mentiras?, se le notaba al borde del llanto y de verdad atemorizado. Una mujer se les acercó, ¿te molesta este señor, pequeño?, preguntó, este hombre, no le dejaron decir más las lágrimas, ¿no le da vergüenza?, la señora le puso las manos en el pecho para apartarlo, es que me ha sonreído, murmuró el funcionario, la mujer empezó a hurgar en el bolso, sin duda en busca del móvil para llamar a la policía, pero él me ha sonreído, insistió el funcionario, qué asco, gritó la ciudadana ejemplar, el funcionario no la oyó,